

este de Lima el paso de Yaulu en la cordillera. Mientras tanto Carratalá se había replegado á Huanta, y posesionado del puente de Iscuchaca. El porfiado general se propuso atacarlo por tercera vez, antes que fuera reforzado. Calculando que la atención del jefe español estaba sobre Iscuchaca, amagó un ataque por el frente, mientras Alvarado con la vanguardia cruzaba el río y atravesando caminos que se reputaban inaccesibles, con el auxilio de buenos guías de la comarca, caía sobre su flanco izquierdo. Estaba á punto de realizarse la combinación, cuando Arenales recibió la notificación del armisticio de Punchauca, que suspendió el curso de sus operaciones. Esta tregua, si bien fué favorable para los realistas, fué más provechosa aún para los patriotas, según San Martín lo había calculado desde su cuartel general en Ancón, y lo reconoce el historiador de Arenales, quien pudo entregarse con desahogo y confianza á la remonta y organización metódica de sus tropas, á la reparación y aumento de sus medios de movilidad y al establecimiento de talleres y maestranzas para la recomposición de su material (10).

IV

Transcurrido el término del armisticio, Arenales volvió á su plan de destruir á Carratalá. Alvarado renovó el movimiento antes suspendido, y el 29 de junio cayó sobre el batallón Imperial Alejandro, que se hallaba en Huando, en el fondo de una quebrada, cubriendo el flanco izquierdo de la posición de Iscuchaca, y al frente del Numancia tomó prisionera una compañía de 120 plazas. Carratalá que estaba más

(10) Arenales : « Memoria Hist. », cit., pág. 57.

á retaguardia, hacia Huancavelica, recibió al batallón en fuga, formó su caballería y emprendió la retirada. La caballería patriota iba á dar alcance á su retaguardia, cuando se presentó un oficial parlamentario, haciendo saber la prórroga del armisticio por ocho días más. Esto ha dado lugar á acusar á los independientes de violación de las leyes de la guerra. En efecto, la prórroga del armisticio había sido antes notificada por Carratalá; pero por un cúmulo de circunstancias no llegó oportunamente á conocimiento de Arenales. Á tiempo que Alvarado ejecutaba su movimiento de flanco, presentóse en el puente de Iscuchaca un oficial español parlamentario, exigiendo de Aldao que lo vigilaba, se diese por notificado. El jefe patriota contestó que no reconocía otras órdenes que las que recibiese de su general, y le negó el pase por no venir munido de los documentos necesarios. En esos momentos tenía lugar el ataque sobre Huando. Irritado el oficial español, regresó al puente, y se dirigió por la ribera opuesta del río en dirección á Jauja donde se hallaba Arenales. Al llegar al pueblo de Moya, por donde Alvarado había pasado poco antes, los naturales, al ver acercarse por un desfiladero un oficial con cinco húsares y un corneta, que reconocieron ser realistas, cayeron furiosos sobre ellos sin respetar la bandera blanca que llevaba. Dos de los soldados fueron muertos á pedradas, y el oficial habría corrido la misma suerte sin la interposición de unos artilleros que por acaso pasaban por allí conduciendo una carga de municiones (11).

Después de la refriega de Huando, Carratalá se retiró á Huamanga, y Arenales reconcentró todas sus fuerzas en Jauja, al mismo tiempo que San Martín con el convoy naval se re-

(11) Véase Camba : « Memorias », t. I, pág. 393.— Arenales : « Mem. Hist. », pág. 67-69.— Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », pág. 177.— Nota de los comisionados de paz del virrey de 28 de junio y contestación de los de San Martín del 30 del mismo de 1821, bajo los números 47 y 48 del « Manifiesto, etc. de Punchauca », pág. 59-68.

plegaba de Ancón á Huacho y el virrey se preparaba á evacuar la capital (principios de julio).

Había llegado el momento de prueba, el momento de los grandes y bien combinados esfuerzos para poder « terminar » la campaña en cuarenta días » como lo había indicado San Martín en su proclama. Aquí es donde se puso de relieve la figura de Arenales, el segundo cabo del ejército libertador del Perú, y el único que después de Cochrane comparte con San Martín, como general, la gloria de esta campaña. Hemos trazado antes su retrato (véase cap. V, § VII). Es el caso de agregarle algunas pinceladas complementarias. Austero, estoico, adusto, tan precavido como audaz en sus concepciones militares como metódico y tenaz en su ejecución, reunía á un carácter recto un sentimiento profundo de la justicia y del deber. Era duro en el mando con sus subordinados, y todos le temían y respetaban; pero cuando cometía alguna injusticia, se apresuraba á darles una satisfacción (12). Cuidaba de los intereses públicos más que de los suyos propios, que se reducían á bien poca cosa. No tenía más escolta que un ordenanza para su servicio y custodia, ni más tren que un caballo de batalla y una mula de marcha, en que llevaba su ligero equipaje. Él mismo ensillaba y desensillaba sus cabalgaduras, y no consentía que ninguno lo hiciera. Sabía herrar como un herrador de oficio. Él mismo remendaba sus botas y su uniforme. Cuidaba muy poco de su vestido, y San Martín

(12) En una ocasión, prevenido contra Lavalle por falsos informes, después de una expedición que le había confiado, Arenales le dijo, en rueda de oficiales: — « Usted, señor capitán, no ha cumplido con su deber ». — Lavalle, arrebatado, le tomó del brazo, y sacudiéndolo le repuso: — « Señor general, es una impostura que yo he de vengar con sangre ». — La interposición de los presentes previno un lance. Lavalle fué arrestado; pero mejor informado el general, lo puso en libertad y le dió una completa satisfacción por medio de una orden general, haciendo pedazos la sumaria que le había levantado por su desacato. Véase Roca: « Apuntes póstumos », página 46-47.

tenía cuidado de preguntar á uno de sus hijos en qué estado se hallaba el guardarropa de su padre, para hacérselo reponer sin que él lo notara. Jamás recibió regalos ni obsequios de nadie, ni siquiera un ramo de flores. Él mismo conducía sus provisiones en una alforja, que se reducían á queso y un pedazo de carne fría. San Martín le llamaba « compañero » y respetaba mucho sus opiniones, permitiéndole franquezas que no toleraba en ninguno de sus subordinados. Él, á su vez, le correspondía con la lealtad propia de su carácter, y no le escaseaba verdades en materia de operaciones de guerra, salvo obedecer estrictamente sus órdenes, bien que resguardando confidencialmente su responsabilidad moral cuando disintía de los planes de su general. De estas relaciones entre los dos generales van á verse algunas muestras características.

En Jauja tuvo noticia Arenales, de que los enemigos se preparaban á evacuar á Lima para trasladarse á la sierra y que tenían el propósito de dividir su ejército, que computaba en 5,000 hombres, en dos divisiones iguales, con el objeto de atacarlo por el frente marchando por Huancavelica para unirse á Carratalá, y á su vez por su flanco á retaguardia atravesando la cordillera por San Mateo ó Guarochirí. Inmediatamente, y sin trepidar, escribió oficial y confidencialmente á San Martín como hombre que tenía su resolución tomada y sus ideas hechas (7 de julio de 1821). « Ya se deja » ver, que La Serna, si logra la reunión de sus fuerzas con » Carratalá, debe venir á ocupar en masa los puntos que yo » ocupo. Si no se embaraza esta operación concentrada, las » consecuencias son claras. Supuesto esto, resulta serme ne- » cesario abandonar la sierra ó decidirme á batir esas » fuerzas, con que lo menos se aventura un ataque. Evacuar » yo la sierra y atravesar la cordillera, trae el preciso resul- » tado de perder la opinión, perder la caballería, estropear » la tropa, perder 1,500 reclutas, todos los recursos, y por » último esta división. Vamos claro. Ha llegado el caso en

» que es de extrema necesidad que obremos con todo nuestro
 » poder sobre la sierra. Abandonada la capital por los ene-
 » migos, ya no se necesita fuerza para tomarla y poseerla.
 » Basta tener una fuerza embarcada en la costa para prote-
 » gerla en su caso. Toda la demás fuerza debe venir en
 » masa á este país para prevenir el cambio del teatro de la
 » guerra meditado por los enemigos. De lo contrario, la
 » guerra se va á dilatar mucho por un orden regular, y el
 » resultado se pone en duda. Por todas estas razones, en
 » fuerza de los intereses del país y del honor de esta divi-
 » sión y de todo el ejército, debo decidirme á dar el golpe,
 » cuyo éxito aparece más probable y menos aventurado.
 » Una de dos: ó yo emprendo mi retirada por Pasco ó por
 » Oyón ó Canta, con la precisa condición de que venga á
 » reunírseme toda la fuerza disponible del ejército, sin
 » dilación y antes que los enemigos reunan aquí el suyo: —
 » ó es inevitable que avance sobre Huancavelica, ó tal vez
 » hasta Huamanga, á batir las primeras fuerzas que vienen
 » por allí á reunirse á Carratalá, y en caso apurado, pasar
 » la cordillera por Castro-Virreina. — El objeto más intere-
 » sante en el día, es impedir la reunión de las dos divisiones
 » enemigas y cortar su comunicación, mientras no se pueda
 » batir con éxito una de ellas. Para esto es indispensable
 » también, que sin pérdida de momentos se haga venir toda la
 » fuerza del ejército de la costa, á reunirse conmigo por La-
 » nahuaná. Para entonces daría mis instrucciones para sus
 » marchas, de tal manera, que aun en el caso de serme
 » preciso ponerme por la parte de Huamanga entre el gene-
 » ral Ramírez y todas las fuerzas de Lima, cortada la comu-
 » nicación de aquél y éstos, quedarían aislados y nuestro
 » término se hacía más probable y seguro » (13). No hay una

(13) Ofi. de Arenales á San Martín de 7 de julio de 1821, apud Paz Soldán: « Hist. del Perú Indep. », pág. 178-179.

palabra perdida en este despacho militar, en que se establece el problema de la situación y se da una solución con tanta resolución como claridad de vistas.

El general de la sierra, á la espera de nuevas instrucciones y contando que sería apoyado, ó por lo menos, que el general en jefe maniobraría de modo de concurrir á sus operaciones, se aconsejó de sí mismo al resolverse á seguir adelante así que tuvo noticias de que Canterac venía en su busca con el primer cuerpo de ejército de evacuación de Lima. Su propósito era atacar á Canterac al pasar éste la cordillera y cuando descendiese su vertiente oriental hacia Huancavelica con sus tropas fatigadas y sus cabalgaduras postradas. En consecuencia se puso en marcha por la ruta de Huancayo é Iscuchaca, siguiéndole la reserva. El ejército de Arenales constaba á la sazón de cuatro batallones, seis escuadrones y cuatro piezas de montaña, que sumaban un total de 4,300 hombres, bien disciplinados y muy decididos, con suficientes medios de movilidad para la operación calculada (14). El 11 de julio estaba el cuerpo de reserva reunido en Huancayo, donde se hizo alto hasta tener noticias exactas del rumbo que traía el enemigo. Á las 10 de la noche llegaron los vaqueanos y espías y avisaron que Canterac pasaba la cordillera con dirección fija hacia Huancavelica. Á las 2 de la mañana se puso en movimiento la infantería para alcanzar á la vanguardia, llevando á retaguardia el parque y la artillería. El general habitualmente poco expansivo, aseguraba que antes de cuarenta y ocho horas la cuestión quedaría decidida. Todo prometía un triunfo, que se habría probablemente alcanzado, á haber seguido Arenales sus inspiraciones.

No había amanecido aún (12 de julio), cuando Arenales

(14) Arenales: « Mem. Hist. » cit., pág. 96. — Las memorias contemporáneas y los historiadores americanos y españoles, repiten la cifra apuntada en el texto.

recibió la noticia de la evacuación de Lima por el virrey, y juntamente una carta de San Martín en que le recomendaba que no comprometiese combate mientras no tuviera completa seguridad de vencer, y que si era buscado por el enemigo se retirase hacia el norte por Pasco ó hacia Lima por San Mateo (15). Para mayor confusión, el general en jefe, no le daba noticia alguna de los movimientos del virrey, y se limitaba á insinuarle, que dejando á los enemigos de su propia cuenta, privados de toda comunicación marítima y en el centro de un país que los rechazaba, no tardarían en verse anulados (16). Esta comunicación paralizó los bien concertados planes del general de la sierra.

V

Dejemos hablar al mismo Arenales en este trance. « A las » 5 de la mañana, con el pie en el estribo en el alcance de » la vanguardia al punto de Iscuchaca, he recibido la de V. » del 6, y con ella dos extremos opuestos. Me dice que los

(15) La cronología de Arenales en su « Mem. Hist. », está equivocada de un día. Dice que el 10 de julio de 1821 salió la vanguardia de Jauja, que el 11 estaba la reserva en Concepción, el 12 en Huancayo y que el 13 á las 2 de la mañana se recibió la noticia de la evacuación de Lima y la carta de San Martín á que se hace referencia en el texto. Mientras tanto, en carta del general Arenales, que se citará más adelante, de fecha 12 de julio en Huancayo, escribe á San Martín haber recibido la suya á las 5 de la mañana con el pie en el estribo y cuando ya estaba en marcha su división para reunirse con la vanguardia y marchar en busca del enemigo. — Además en otra carta inédita que original tenemos á la vista de fecha 12, avisa á Arenales haber recibido una segunda de San Martín que le da más luces acerca de la situación del cuerpo, y que obrará de conformidad á sus instrucciones.

(16) Arenales : « Mem. Hist. », pág. 93.

» enemigos acabaron de abandonar Lima y se dirigían á la » sierra. Ni siquiera me indica qué rumbo hayan tomado. » En esta duda, si vienen á reunirse con Canterac, no puedo » hacerles frente arreglándome como debo á sus prevencio- » nes. Si vienen á caer sobre mi flanco y retaguardia, debo » retroceder, hasta el punto en que deje franca mi retirada. » Siento este acontecimiento por las consecuencias que pre- » cisamente vamos á tocar, muy á costa nuestra y de los sa- » crificios del país. Hablo con franqueza. ¿ Que ganará nues- » tro ejército con entrar á Lima á apestarse y acabar de » destruirse, cuando con grande actividad podía estar ya » convalecido en las inmediaciones de la sierra? ¿ Que suce- » derá de las tropas de esta división con mil y quinientos » reclutas, si tienen que hacer una deshonrosa retirada para » donde le esperan los hospitales y el sepulcro? Doloroso es » tener que hablar en estos términos! Estas expresiones no » tienen ningún espíritu de reconvencción; y sólo son impul- » sadas por el sentimiento de que nuestra empresa va á pos- » tergarse incalculablemente ó á poner en duda nuestro » feliz éxito. Ya me parece que veo á ese nuestro ejército » que embelesado en Lima, no se acuerda, al menos por lo » pronto, de otras cosas que nos traerán amarguras, conten- » tándose por ahora con calcular, que la división de la » sierra debe batir y acabar con los enemigos, para después » decir, si tenemos contraste, que por qué abandonamos la » sierra, como lo dijeron antes aun aquellos que votaron » por que debía reunirse al ejército. Lo bueno es que estoy » cubierto con mis comunicaciones y con sus preceptos » que obedezco ciegamente. Á otra cosa. Si en mi lenta » retirada me encontrase con la fuerza de retaguardia, » la batiré, y procuraré sostenerme lo que pueda, y si me » viene refuerzo que lo espero muy remotamente ó nunca, » tal vez podamos remediar algo; pero si no, la divi- » sión va á perderse con su retirada á la costa. Sea lo que